

torturas, seguirán escandalizándose por lo que —dicen— es un ultraje a lo que nos ha sido dado y, en rigor de verdad, no nos pertenece: la vida. Como se deduce de la biografía de suicidios de distinta extracción social y profesional, los pequeños dogmas cotidianos, las agotadoras muertes diarias, el «que al mundo nada le importa» (resuena *Yira*), los desvaríos, la dudosa frontera entre quien decide o es sometido a una vida errante —«parece que huyen desde el principio» (p. 214)—, el amor «como una cerilla quemada patinando en un orinal» (Hart Crane), todo eso y más lleva al suicidio. ¿Será posible evitarlo? Pero, ante todo, ¿bajo qué patrón moral?

Será difícil. Mientras tanto, como decía Rigaut, «intenten, si pueden, detener a un hombre que viaja con su suicidio en el ojal».—
MARIO MERLINO (Plaza de España, 9, 7.º Izq. MADRID-13).

UNA REVISION DEL ROMANTICISMO ESPAÑOL

La publicación del tomo cuarto de la *Historia de la Literatura Española*, de Juan Luis Alborg, constituye un acontecimiento importante en el mundo filológico*.

Con respecto al plan inicial de la obra ha sido preciso desdoblar el volumen en dos, el primero de los cuales, dedicado al romanticismo, aparece ahora; se anuncia para un momento próximo la publicación de un volumen quinto, dedicado al realismo.

Como señala el propio Alborg en su «advertencia final» (p. 881), la división en dos volúmenes para el siglo XIX es motivada por la extensión que ha alcanzado el correspondiente al romanticismo, lo que ya nos está indicando el interés que por esta parte posee. La división en dos tomos no responde a criterios de corrientes o tendencias, que son muy convencionales; precisamente en esta obra Alborg ha mantenido la penetración del siglo XVIII en el romanticismo, y sospecha la del romanticismo en el realismo. Además, deja para el volumen siguiente capítulos como «Periodismo y erudición», o poetas como Rosalía de Castro —en este último caso por motivos de cronología.

* Juan Luis Alborg: *Historia de la Literatura Española*, vol. IV, *El romanticismo*, Editorial Gredos, Madrid, 1980.

El índice de la obra se despliega en ocho capítulos, que son, a vista de pájaro, los siguientes:

Una introducción sobre «El romanticismo español y sus problemas». Destaca en ella un profundo conocimiento de la problemática del romanticismo en general, a través de un estudio de los rasgos del romanticismo europeo, que nos dan una nueva dimensión en profundidad para entender correctamente el romanticismo español, en sus semejanzas y diferencias con respecto al europeo. Precisamente es bastante extraño atreverse a esta comparación, que sitúa el tema en su justa perspectiva. Se estudian allí, por ejemplo, las diferencias entre el romanticismo reaccionario o tradicional y el liberal o progresista, más agresivo, y de ideología panteísta —alejado por ello del ámbito hispánico, con algunas muy dignas excepciones—. La crítica olvida usualmente esta distinción, del más alto interés para centrar la cuestión.

En el capítulo segundo se estudia a los críticos mayores: Gallardo, Durán, Alcalá Galiano y Eugenio Ochoa. De esta forma se va precisando el enfoque del romanticismo en España y la deuda que posee, en su base, con la mentalidad dieciochesca que sólo ahora comienza a arraigar en nuestro suelo.

El capítulo tercero es un extenso estudio de un centenar de páginas, dedicado a la figura de Larra. Alborg rompe con muchos tópicos alrededor de esta personalidad tan controvertida. Muestra su vinculación con el pensamiento dieciochesco, y recoge textos del autor que sólo de manera fragmentaria y fuera de contexto suelen ser aducidos por la crítica. Recoge además los últimos descubrimientos de la crítica al respecto, por ejemplo, los trabajos de Susan Kirckpatrick. Además se atreve a salvar, como obra meritoria, el *Macías*, que considera una declaración apasionada del Larra más auténtico.

El capítulo cuarto, dedicado a la lírica romántica, es un intento de revalorización de nuestra poesía romántica, en especial de la figura de Espronceda —el máximo representante de nuestro romanticismo progresista— y de su mal entendida rebeldía social. Efectivamente el «Canto a Teresa» debe considerarse como una de las obras maestras de nuestra lírica. También se estudian diversos poetas menores, entre los que cabría destacar las páginas dedicadas a la obra fantástica de Ros de Olano.

El capítulo quinto versa sobre el teatro romántico. Hay en él una justa revalorización de la obra de Martínez de la Rosa y de su eclecticismo, que no es aguachirle o amarillismo sin relieve, sino ejemplo de moderación frente a los excesos románticos y neoclásicos que

consigue equidistar. Contiene también una reinterpretación de la obra del duque de Rivas, apoyada en textos críticos asimismo, cuyos *Romances* y *Don Alvaro* salva muy honrosamente—con un sutil estudio del tema del «sino» en esta última pieza—. Versa también sobre García Gutiérrez, y recupera la figura de Hartzenbusch, con páginas brillantes dedicadas a *Los amantes de Teruel*. En Zorrilla destaca el valor intrínseco de la palabra y salva igualmente gran parte de su obra, que la crítica ha considerado ripiosa hasta ahora; destacaría las páginas dedicadas al tema del *Don Juan*, de gran interés y profundidad. Finalmente ensalza también a los dramaturgos menores: Escosura, Gil y Zárate, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega.

El capítulo sexto está dedicado a la novela romántica, que divide en «novela histórica» (Soler, Trueba y Cossío, Kostka, Gil y Carrasco; su evolución en Gómez de Avellaneda, Villoslada y Fernández y González) y «novela social» (Ayguals de Izco, Martínez Villergas). Preludia el próximo tomo, interesante, en relación al realismo. Da una magnífica semblanza de Gil y Carrasco. Indica la endeblez de nuestra narrativa romántica, pero le confiere el mérito de haber reanudado una tradición interrumpida en más de un siglo y de ensayar posibilidades.

El capítulo séptimo está dedicado al costumbrismo romántico, y en él se estudia la obra de Estébanez Calderón y Mesonero Romanos, con toda la problemática inherente al tema: definición de costumbrismo, fuentes e influencias, características peculiares, mundo social e influencia posterior.

Finalmente, el capítulo octavo está dedicado a la evolución de la lírica romántica: Bécquer y Campoamor. Con respecto a Bécquer, destaca la discusión acerca de la interpretación de José Pedro Díaz a propósito de la inspiración y creación; hay un alarde de sutileza y especulación en esta discusión, que sin embargo no creo consiga vencer sobre la mencionada interpretación de Díaz. Es extensa asimismo la parte dedicada al ambiente prebecqueriano—lo que impide que parezca Bécquer una figura solitaria salida de la nada, como ocurre en tantos estudios—. Destaca el mencionado apartado acerca de la teoría poética becqueriana.

En este capítulo incluso intenta lo imposible, a mi entender: la revalorización de la obra de Campoamor, en base al consciente prosaísmo de su poesía, que intentaría la llaneza frente a la retórica romántica ampulosa, acercar la poesía al lenguaje llano y sin artificio, realismo, uso del humor y la ironía en forma peculiar, etc.

El texto de Alborg, en definitiva, se confecciona a la manera con que ya nos tiene acostumbrados en los volúmenes anteriores de su

Historia. Inicialmente está constituido por un entramado de opiniones y citas de otros críticos, cuyo parecer resume—en ello reside parte del interés del libro, en cuanto resumen de bibliografía—y alrededor del cual va tejiendo sistemáticamente sus propias impresiones personales, discutiendo los juicios ajenos y estableciendo reflexiones propias.

Desde este punto de vista la obra de Alborg se nos presenta muy informada respecto a las publicaciones más sólidas e incluso más recientes acerca de cada tema. Tan sólo una omisión importante me ha sido posible destacar: la de la modélica edición del *Libro de los gorriones*, de Bécquer, hecha por Cupsa-Planeta por María del Pilar Palomo. Por lo tanto, es de elogiar la bibliografía que recoge, a veces en forma de resúmenes casi literales, que revela un profundo conocimiento del autor al respecto, y bastante al día.

Puede apuntarse quizá un pequeño defecto en que a veces incurre el autor, defecto que por otra parte se ve compensado por la utilidad de los textos ajenos que recoge. Me refiero a aquellos momentos en que se manifiesta excesivamente apegado a opiniones críticas reconocidas—que sin embargo son prueba de su rica documentación—. Demasiada erudición y conocimientos a veces, que pueden hacer el hilo por el que se desarrollan algunos temas, un poco confuso; aunque siempre, al final, hay la opinión propia que recoge todos los cabos sueltos en un esfuerzo de síntesis posterior al detenido análisis.

En general siempre es valioso y original el enfoque de cada tema. Debe destacarse además la capacidad de análisis y profundización con que, minuciosa y exactamente, se refiere a cada autor, desmenuzando todas sus aportaciones y valores—pienso, por ejemplo, en la discusión acerca del «sino» en *Don Alvaro*, o de la teoría poética de Bécquer y de Campoamor—. Alborg manifiesta, además de su rigor filológico, una capacidad especulativa poco frecuente en publicaciones de esta índole.

Lo que más destacable me parece de esta obra es que consiste, esencialmente, en una revalorización de nuestro romanticismo, antes injustamente despreciado. Actitud de recuperar el siglo romántico—igual que hizo anteriormente con el XVIII—y que estoy seguro va a abrir toda una nueva línea de investigaciones en su entorno. Rompe así con los tópicos que una crítica ya caduca ha establecido en torno al tema, como él mismo declara a propósito de un texto crítico del P. Blanco:

«... de qué manera se ha venido forjando uno de los grandes tópicos sobre nuestra literatura romántica: el de mimetismo, falta de